

SEGISMUNDO Y ARDENIA.



PRIMERA PARTE.

Dase cuenta de los varios sucesos que les acaecieron.

Crujan los ejes celestes
y la superior esfera,
que puebla el delfico manto
de diamantinas estrellas,
cuya bordadura hermosa
inunda toda la tierra
de resplandores y luces,
dando á Flora y Amaltea
aliento, porque con flores

vistosos pensiles tejan,
y ejércitos numerosos,
para que así contrapuestas
las estrellas y las flores,
en militares contiendas
duden todos los vivientes
si equivocada la esfera
producen rayos las flores,
ó fragancia las estrellas.

Pero en la ocasion presente
 vistase de nubes densas,
 arrastre negros capuces,
 y despoblada la tierra
 de sus hermosos verdores,
 abriendo funestas grietas,
 aborte de sus entrañas
 las mas ináuditas fieras,
 al escuchar de mi voz
 la mas enorme tragedia,
 la crueldad mas horrorosa
 que se escribe ni se cuenta,
 del mas inhumano pecho,
 de la más ingrata fiera,
 del mónstruo de la crueldad,
 con quien no hacen competencia;
 ni Neron, ni Diocleciano,
 ni todos los que vocean
 con trompas roncacas la fama
 de crueldades y tragedias;
 pues todos son una sombra
 con lo que dirá mi lengua,
 si es que para proseguir
 un rato atencion me prestan,
 y me concede su gracia
 la divina Omnipotencia.
 Digo, pues, que en la Moscovia
 nació un principe, que era
 solo y único heredero
 de su corona suprema.
 Desde su primera edad
 de sus crueldades dá muestras,
 aunque su padre prudente
 con magestad lo refrena;
 pero llegando á la edad
 de las juveniles fuerzas,
 corria precipitado
 de los vicios por la senda,
 siendo crueldad y rigor
 quien dirige sus potencias.
 Pero el rey su padre entonces,
 por ver si así lo refrena,
 trató en fin de darle estado

con una hermosa princesa,
 que es virtud el matrimonio,
 que ingratos vicios refrena.
 Dispusieronse las bodas
 con regocijos y fiestas,
 y ya con el nuevo estado
 de su quietud daba muestras;
 mas su corazon cruel
 siempre en su pecho reserva.
 En este tiempo su padre
 pagó el tributo que heredan
 todos los hijos de Adan,
 pasando á mejor esfera.
 Quedó Ruguero reinando,
 que aqieste su nombre era,
 y en la princesa su esposa,
 coronada ya por reina,
 tuvo una lucida infanta;
 desgraciada como bella,
 pues de su parto infeliz
 murió su madre la reina.
 Sintió este pesar Ruguero,
 y lo guardó de manera,
 que aunque de distintos reinos
 le ofrecian las princesas,
 no quiso tomar estado;
 solo su consuelo era
 el mirar su hermosa hija,
 el ver su hermosa princesa,
 cuya estremada hermosura
 admira, pasma y eleva.
 Llegó á edad de quince años
 nuestra bellissima Ardenia,
 y el rey su padre dispuso
 para su dia unas fiestas
 de sortijas y torneos,
 viniéndose hallar en ellas
 de patricios y estrangeros
 mucha copia, de manera,
 que este dia la Moscovia
 confusa belleza ostenta.
 Es el rey mantenedor,
 y la hermosísima Ardenia

un corredor ocupaba,
 ó balcon todo de estrellas,
 tachonado y esmaltado
 de oro y finisimas piedras:
 con la copia de sus damas,
 de Cupido dulces flechas.
 El rey entró por la plaza
 sobre un caballo, que era
 bello pegaso de nieve,
 con jaez de fina tela,
 bordado de pedreria,
 y de finisimas perlas.
 Lleva el freno y herraduras
 del metal que Arabia engendra:
 á lo francés vá vestido,
 y en el brazo izquierdo lleva
 una adarga con las armas
 de Moscovia la opulenta;
 y mas abajo pintada
 lleva una encendida hoguera,
 que procede de cenizas,
 diciendo el mote ó la letra,
 con el nombre equivocado:
 arde en cenizas la hoguera.
 Dió un paseo por la plaza
 con magestad y grandeza:
 siguen los aventureros,
 y empezada la carrera,
 oyeron de la otra parte
 otros ecos de trompetas.
 Entró en la plaza un mancebo
 de notable gentileza,
 sobre una vistosa pia,
 tan arrogante y tan bella,
 que era el hechizo de toda
 la moscovita nobleza.
 Iba á lo húngaro vestido,
 todo bordado de perlas,
 una adarga diamantina,
 y llevaba por empresa
 la diosa de la fortuna,
 y un jóven con gentileza
 en su regazo dormido,

y dice luego la letra:
 hijo soy de la fortuna,
 y es bien que descanse en ella.
 Pidió licencia y entró
 con los demas en la tela,
 siendo el objeto de todas
 las damas y la princesa.
 Cinco premios se llevó,
 y acabada la carrera,
 se llegó con su caballo
 al balcon de la princesa,
 y con grande cortesia
 los cinco premios presenta.
 Ardenia los recibió,
 mas le volvió en recompensa
 su corazon abrasado,
 y herido con las saetas
 del rapaz ciego Cupido,
 que á tantos tiene en cadenas.
 Pero la rabiosa envidia
 de los naturales era
 mina ó bolcan, que con leve
 resquicio luego revienta.
 En fin con poco motivo
 romper el seguro intentan,
 y el forastero se escusa
 con palabras muy modestas;
 mas viendo que ya parece
 cobardia, con soberbia,
 echando mano á la espada,
 acometió de manera
 que era un rayo desatado
 de la fulminante esfera.
 El rey que á este tiempo habia
 desocupado la tela,
 volvió á salir á la plaza,
 con que bastó su presencia.
 Informóle del suceso,
 y luego mandó prendieran
 los que habian quebrantado
 de su seguro la fuerza,
 llevándose al forastero
 á palacio, donde Ardenia

con su vista creció el fuego; y que en su corazón alienta; pero su mucho recato, que en el bello sexo es deuda de precision en lo mas noble, y con mayor excelencia resaltar debe el esmalte entre las personas régias, la contiene, la acobarda, y la tiene muda y suspensa. Mas no tanto, que observando Segismundo con prudencia alguna accion de los ojos de la bellissima Ardenia no esfuerzase su esperanza con las amantes ideas de ser posible alcanzar por arte y con diligencia, que á su viva persuasion se rindiese aquella fuerza. Pero debió á su cordura que descuido pareciera el disimulo, con que se manejó su prudencia. El rey dijo al forastero: ¿de qué patria ó de qué tierra eres, dime, ó qué fortuna te ha traído aquesta tierra? El cortés y agradecido le dice de esta manera: es mi nombre Segismundo, nací en Hungría la bella, soy segundo de mi casa, que es de notoria nobleza, y por precisos motivos dejar á Hungría fué fuerza,

y seguir del fuerte Marte las militares banderas. Teniendo, Señor, noticia de aquestas célebres fiestas de curiosidad movido me he venido hallar en ellas; perdóneme si he ofendido tu magestad y grandeza. ¿Ofenderme? ¿por qué causa? antes decirte quisiera que en Moscovia te quedases á espensas de mi grandeza, y pide lo que quisieres, que tu urbanidad me empeña. Hincó al punto la rodilla, y dijo: señor, pues sea que concedais el perdón á los que presos se encuentran. El rey le dijo: esa accion acredita tu nobleza, digo que yo los perdono, y que descansar es fuerza. Quedóse en fin en palacio, cumpliendo con tal prudencia con tal acierto y cordura en todas las dependencias, que era el archivo del rey y atlante de su grandeza, su consejero mayor, amado de la nobleza, respetado de la plebe, y temido de la tierra. Adonde lo dejaremos en esta parte primera, ofreciendo la segunda de esta historia verdadera.

SEGUNDA PARTE

DEL FIN DESGRACIADO

DE SEGISMUNDO Y ARDENIA.

Dejé en la primera parte
 con magestad y grandeza
 al heroico Segismundo
 en su privanza, que era
 en la Moscovia estimado
 por su virtud y prudencia.
 Degémosle en el gobierno,
 y vamos á la princesa,
 que abrasada en vivas llamas,
 de esta manera se queja:
 ¿qué es esto desdicha mia,
 qué es esto que me atormenta?
 ¿No soy Ardenia? ¿No soy
 de la Moscovia heredera?
 ¿No aspiran á mi hermosura,
 á mi corona y grandeza
 tanto príncipe de Europa,
 sin que ninguno merezca
 en mi pecho ó mi memoria
 un átamo de fineza?
 ¿qué es fineza? ni un agrado,
 ni cosa que menos sea.
 ¿Pues cómo un advenedizo
 de lejas y estrañas tierras
 ha rendido de mi pecho
 la incontrastable soberbia?
 ¡mas ay de mí! su valor,
 su discreccion, su agudeza,
 su persona, compostura,
 brio, talle y gentileza,

asaltando el corazon,
 no fué mucho se rindiera
 á tan valientes soldados,
 cuando por caudillo llevan
 al amor... ¡Pero qué digo!
 vuelva la voz, vuelva, vuelva
 á las cárceles del pecho,
 y aprisionada en cadenas,
 muera en perpétuo silencio:
 y para que mejor pueda
 vengarme de este tirano,
 ciego dios que me atormenta,
 yo misma he de dar remedio
 á tan tirana potencia.
 Con esta resolucion,
 con notable ligereza
 al cuarto del rey su padre
 partió, postrándose en tierra.
 El padre la recibió,
 y dice: querida Ardenia,
 parece que tu semblante
 de algun pesar me dá muestras.
 Ella responde: señor,
 lo que mi pesar alienta,
 es ver que todo tu reino
 te murmura, de que pueda
 en ti tanto la pasion,
 que á un estrangero le entregas
 lo mejor de tu privanza;
 de que quejosos se muestran

los príncipes y señores,
atlantes de tu grandeza.
El rey dijo: no prosigas;
y porque tu enojo veas
que procede de faltarte
noticia de quien él sea,
desde hoy quiero que te asista,
y así hablará la experiencia.
Despidióla y al instante
á Segismundo le ordena
que mayordomo y criado
vaya á ser de la princesa.
Obedeció Segismundo,
y fué á verse con Ardenia,
diciendo: señora mia,
el rey vuestro padre ordena,
para mayor dicha mia,
que yo asista á vuestra alteza.
Ardenia quedó turbada,
sin poder darle respuesta,
batallando á un mismo tiempo
el amor y la vergüenza.
Mas como siempre el amor
imposibles atropella,
del castillo del recato
rompió las cerradas puertas,
pues dentro de pocos dias
llegó á declararse Ardenia,
y Segismundo tambien,
creyendo de esta manera,
recíprocamente unidos,
que eran sus pechos dos etnas.
Por mitigar tanto ardor,
entre los dos se conciertan
el casarse de secreto,
y de esta suerte la ordenan:
dispusieron una caza,
y que se perdiera en ella
Ardenia, y con Segismundo
se juntase, dando cuenta
á un leal criado suyo,
para que él lo dispusiera.
Perdióse en fin, y el criado

la llevó con gran presteza
donde la espera su amante;
y así que con él la deja,
á una aldea allí vecina
fué, y al Cura le amonesta,
que viniese á socorrer,
porque una alma no se pierda,
á un caballero que allí
dejó herido en floresta.
Dióle en fin unos escudos,
y partió con ligereza
donde estaba Segismundo
fingiendo sobre la tierra
el que estaba mal herido,
y con lágrimas Ardenia,
así que llegó le dice:
padre mio, yo quisiera,
porque á esta dama la debo
obligacion verdadera,
viendo mi último trance
el desposarme con ella.
Eso me parece bien,
dijo, y al punto les echa
la bendicion, y casólos.
Entonces le dijo Ardenia:
tomad, padre, esos doblones
y volvereis á la aldea
á traer gente y llevar
á mi esposo, por si espera
tener remedio su vida.
Con notable diligencia
se partió el bueno del Cura,
y ellos al punto se ausentan.
Se volvieron á Moscovia,
gozosos de tal empresa;
pero la cruel fortuna
en breve se les revela,
y fué el caso que á Moscovia
con sus cartas de creencia
llegaron embajadores
de Prusia, que á la princesa
la pedian por esposa
del príncipe de su tierra;

y de aquesta pretension
 á la princesa dió cuenta
 el rey su padre, y turbada,
 desecha en lágrimas tiernas,
 á su padre le responde
 que no ha de dejar su tierra,
 pues saliendo de Moscovia
 sería su muerte cierta.
 Pero en aquesta ocasion
 suspendió esta diligencia,
 porque al rey vino noticia
 de como se le rebela
 con unos fieros tumultos
 una ciudad, y fué fuerza
 el ir el rey en persona,
 y mientras que daba vuelta
 nombró por gobernador
 á Segismundo, y apenas
 el rey salió de la córte,
 viendo su desdicha cierta,
 dispusieron que la fuga
 fuese el remedio á su pena.
 Recogieron muchas joyas
 de oro y plata, dando cuenta
 tan solamente á Violante,
 que era ama de la princesa,
 al fiel criado y tambien
 á una principal doncella:
 se aperciben á la fuga,
 lográndola de manera,
 que á la gran ciudad de Praga
 llegaron con ligereza,
 donde estos tiernos amantes
 se echan á los pies del César.
 El César les prometió
 el ampararlos, y ospeda
 conforme á su calidad,
 con magnífica grandeza.
 Pero vamos á Moscovia,
 que así que el rey dió la vuelta,
 sosegados los tumultos,
 y oyó la infelice nueva
 no hay tigre, no hay león fiero,

que se iguale á su fiereza.
 Echa rayos por los ojos,
 brotando ardientes estrellas;
 y aunque el César procuró
 sosegar llama tan fiera,
 con otros principes grandes,
 no valió su diligencia,
 en espacio de ocho años,
 en los cuales la princesa
 tuvo dos bellos infantes,
 retratos de su belleza.
 De todo tiene noticia
 el rey, y mas se desvela
 aquel cruel corazón
 á su venganza sangrienta.
 Maquinó una alevosia
 la mas enorme y soberbia,
 y fué fingir que sentia
 la ausencia de la princesa,
 y de sus queridos nietos,
 vertiendo lágrimas tiernas.
 Mas ó fiero cocodrilo,
 ¡quién tus lágrimas creyera!
 con este mentido engaño,
 volviendo á escribir al César,
 y los principes amigos
 les permitió que volvieran,
 y para mas disimulo
 envió muchas preseas
 de joyas y de dineros,
 mandando en todas sus tierras
 los reciban con aplausos,
 con regocijos y fiestas.
 Llegan en fin á Moscovia,
 y á recibirlos se apresta,
 abrazando á Segismundo,
 á sus nietos y princesa,
 hizo muchos regocijos,
 toda la córte y nobleza.
 Y pasados pocos dias
 la mandó á decir á Ardenia,
 que le enviase los nietos
 para que le divirtieran.

Llevólos en fin el ama
 con el criado y doncella,
 los cómplices en la fuga:
 y llegando á su presencia,
 y aquel sangriento leon
 previno con ira fiera
 unos cueles verdugos,
 y sin tener resistencia,
 cogió los tiernos infantes,
 y con sus manos sangrientas
 les dió muchas puñaladas
 sin atender á las quejas
 de aquellos ángeles bellos,
 que dicen con voces tiernas,
 y con doloroso llanto:
 abuelo mio, clemencia,
 ¿por qué me matas, por qué?
 ¿qué te hizo nuestra inocencia?
 Pero él mas que fiera horrible,
 de sus heridas sangrientas
 bebe la inocente sangre,
 diciendo esta me refresca
 los ardores de la ira
 que mi pecho cruel engendra.
 Entre tanto los verdugos
 al ama y á la doncella
 y al criado dan garrote:
 ¡Jesus, qué cruel sentencial!
 Puso los cinco difuntos
 en una sala, y ordena
 que llamen á Segismundo,
 que ignora traicion tan fiera.
 Por la senda de la muerte
 llegó con planta ligera;
 pero entrando por la sala,
 y mirando tal tragedia,
 á eclipse toca su vista,
 y el corazon titubea.

Al instante lo agarraron,
 porque no se resistiera,
 y el rey con sus propias manos
 le dió la muerte violenta.
 Ardenia mandó llamar,
 y llegando á su presencia,
 duda lo mismo que mira,
 teme lo mismo que observa:
 allí ve á su esposo muerto,
 allí á sus hijos lamenta;
 no sabe cual es mayor,
 una pena ú otra pena,
 no puede hablar ni llorar,
 que embargadas las potencias,
 impide el llanto á los ojos,
 la voz impide la lengua.
 Hablóla el rey cariñoso,
 y dijo: querida Ardenia,
 sola tu quiero que reines,
 que eres de mi sangre misma.
 Oyendo aquestas razones,
 se enfureció tanto Ardenia,
 que con el mismo puñal
 que tiene en la cinta, fiera
 le dice: padre traidor,
 asi pagarás mi ofensa.
 Y con presteza no vista
 le dió una herida funesta,
 que el cuerpo quedó sin alma:
 y atrevida ya y resuelta,
 mirando á su esposo dice:
 pues Segismundo se ostenta
 en mejor imperio, es bien
 el que con él muera Ardenia,
 y en el cristal de su pecho
 á la muerte le abrió puerta,
 para que en el mundo sirva
 de escarmiento y advertencia.

Valladolid: Imprenta de D. Dámaso Santaren. — 1855.